

RELACIONES

La sinfonía “Pastoral” de Beethoven contiene maravillosas descripciones de la Naturaleza. Cualquier análisis de la obra tiene que tomar en cuenta este elemento. Sin embargo, es posible ir más allá de una simple descripción musical del mundo de los paisajes, bosques, animales y fenómenos naturales. La Naturaleza incluye todo lo que vemos a nuestro alrededor y también nos incluye a nosotros. Uno de los problemas existenciales más básicos es la relación del individuo con el mundo. Nuestra individualidad es una experiencia evidente, podemos decir que originaria. Desde que buscamos la madre para alimentarnos, entendemos que estamos conectados de alguna manera con lo que está allá afuera. Esta dualidad representa un problema por resolver que nos perseguirá toda la vida y, a la vez, es prototípica de todas las otras “dualidades” que se nos presentarán. Para los que piensen que este es un problema de la modernidad, pueden ver una representación simbólica de la “dualidad” en la cueva “Font de Gaume” en la Dordogne, no lejos de “Lascaux”. Ahí encontrarán, pintados en una pared desde hace más de 13.000 años, dos bisontes, uno frente al otro, uno negro y el otro rojo.

Sin duda, hay sociedades que minimizan este problema de la relación del individuo con lo que le rodea, imponiendo una estructura en la cual el individuo se somete como una abeja en una colmena. Si esto es deseable o no, depende si se le ve como una solución o una represión del problema originario. En todo caso, en Occidente, con su acento en el individuo, no tenemos disponible este refugio. La ética heroica, que presupone el interior del héroe como único fundamento para la acción, realmente exacerba el problema. Podemos entender “la Naturaleza” como todo aquello que está afuera de cada uno de nosotros. Aunque racionalmente entendemos que somos parte de ella, normalmente cuando nombramos la Naturaleza, la sentimos afuera de nuestra individualidad. Por eso, podemos ver la Sexta Sinfonía de Beethoven, la Pastoral, como un intento de abordar este problema fundamental de nuestra existencia.

La Pastoral es la única sinfonía de Beethoven en cinco movimientos en vez de cuatro. Esta estructura cobra sentido si vemos los primeros cuatro como la presentación, alternadamente, de dos perspectivas, con el quinto movimiento convirtiéndose en la síntesis de ellas. Estas dos perspectivas son: la del individuo en el primer y tercer movimiento, y la de la Naturaleza, o del mundo exterior, en el segundo y cuarto. En el primer movimiento nos acercamos a la Naturaleza y tratamos de establecer una relación con ella. Nuestra actitud es una de expectativa positiva. Sin embargo, si queremos tener una visión profunda de la obra, es importante que no sea simplemente divertida, como se suele escuchar. Este movimiento debe expresar una búsqueda de lo esencial en nuestra experiencia. Cabe destacar que la música se desarrolla con mucha repetición de figuras temáticas que recuerdan el estilo de Bruckner, lo que el musicólogo Deryck Cooke llamaba “el resplandor Bruckneriano”. Este proceso repetitivo, que aparece en muchas obras de Beethoven, parece llevarnos a lo fundamental poco a poco, acumulando fuerza y profundizando más en cada iteración hasta llegar a un clímax. Para que este proceso funcione bien, el tempo no puede ser muy rápido. Se debe sentir cómo cada repetición nos acerca más y más a nuestro corazón y al de la obra, con especial énfasis en la línea de los bajos. Como sucede en todos los primeros movimientos sinfónicos del compositor, al final llegamos a una afirmación del ser y del individuo. Esto también sucede con un pasaje repetitivo.

En el segundo movimiento cambiamos la perspectiva de nuestro interior al de la Naturaleza. La primera experiencia que tiene todo ser humano de lo que está allá afuera es el de la madre y así se nos presenta la Naturaleza. Es interesante destacar que en el primer compás del segundo movimiento, los segundos violines tocan la secuencia de notas siguiente: Sib-Fa, Fa-Sol-Fa, Fa-Mib-Re, Re-Do-Sib, Sib. Si eliminamos las notas repetidas, nos queda la secuencia Sib-Fa-Sol-Fa-Mib-Re-Do-Sib, equivalentes a la canción de cuna francesa “Ah, vous dirai-je, Maman”. La relación con la madre es la más cómoda y segura que jamás conoceremos, de hecho, este movimiento nos acaricia y

nos arropa, nos llena de felicidad y de confort. Este se desarrolla en grandes compases de 12 corcheas, un espacio mítico que recuerda los largos versos de la poesía épica, dándole a la madre la posibilidad de expresarse con todo el amor que llena su existencia.

La felicidad que nos da esta relación la celebramos despreocupadamente en el tercer movimiento. Beethoven lo describe como una “alegre reunión de campesinos”. La música claramente expresa diversión, baile y mucha satisfacción. Pero sabemos que la vida no es toda así. Nuestra “madre” Naturaleza pronto se nos convierte en Gorgona en el cuarto movimiento. Nos presenta una cara espantosa, con truenos y centellas, que nos devuelve a una realidad mucho más compleja que la que vivimos en el segundo movimiento. Debemos agradecerle a la naturaleza esta transformación espeluznante. Sin ella, viviendo todo el tiempo como en el tercer movimiento, seríamos unos idiotas.

Ahora, con el conocimiento de los extremos, podemos entrar en la relación más productiva de todas: la erótica. Esta representa la síntesis de las dualidades que vimos en los primeros cuatro movimientos. En este movimiento está presente de nuevo la insistente repetición de frases del primer movimiento. Pero esta vez el proceso se desarrolla más al servicio del éxtasis. No solamente nos ayuda a llegar al fundamento de nuestro ser, como en el primer movimiento, también nos lleva a una explosión expresiva. Beethoven siempre baja a las profundidades para llegar a un clímax. Es ahí que recoge la fuerza para subir a la cima. Así como en sus primeros movimientos sinfónicos Beethoven afirma su individualidad, en sus finales utiliza este fundamento para llegar a un clímax. El resplandor de la repetición nos lleva al fondo y nos impulsa a la plenitud.

En el quinto movimiento, la Naturaleza se nos presenta como una hembra a un macho. La deseamos y nos acercamos a ella. Bailamos con ella con más y más frenesí. Finalmente, en la Coda de este último movimiento, nos unimos y llegamos a un clímax musicalmente explícito. No conozco ningún otro ejemplo musical donde el aspecto físico del clímax esté tan claramente expresado.

Inclusive la música nos hace sentir con gran elocuencia lo que se siente después del éxtasis. Sin duda Beethoven es un artista heroico. Quizás muchos piensan que esta sinfonía es la menos heroica del compositor. Sin embargo, es pertinente recordar que la raíz de la palabra “héroe” es Eros.